

A MODO DE PRESENTACIÓN

“Se elige el punto más bajo para reflejar el cielo”. La frase es de un poema que citara San Juan Pablo, contemplando montes y lagos, en una visita a Suiza. A lo largo del Año de la Misericordia fuimos gestando esta revista que nos animó a profundizar el diálogo entre el corazón de Dios y el corazón del hombre, entre lo alto y lo bajo. Una revista que ayude a ese “reflejo”.

Repasamos con admiración la Encíclica *Dives in misericordia* (Juan Pablo II, 1980) en la que el mismo Papa nos invitaba a introducirnos en dicho diálogo “*con fe, con mente abierta y con el corazón*” (n° 1). Y además de indicarnos esta actitud infaltable para que el encuentro sea verdadero y fructuoso, nos hizo una seria indicación temática:

“Mientras las diversas corrientes del pasado y presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda. Este es también uno de los principios fundamentales, y quizás el más importante, del Magisterio del último Concilio” (n° 1).

Este encuentro-diálogo se da en el marco de la formación sacerdotal de nuestro Seminario

Mayor “San José” de La Plata y de la Cátedra libre de pensamiento cristiano. Este contexto eminentemente formativo explica que la presente revista quiera ser a la vez expresión y estímulo de dicha tarea. Esta tarea está ordenada a preparar las respuestas que espera el mundo de hoy, respuestas que, si bien pasan por las ideas y acciones, terminan en hombres nuevos, formados según la medida que es Cristo (Gal. 3, 27).

Dos consideraciones sobre la orientación esperada. Una temática y otra sobre el estilo formativo, ambas relacionadas.

La consideración temática:

El intento de unir el antropocentrismo y teocentrismo¹, de manera orgánica y profunda, implica asumir que el camino de santificación del hombre no compite, todo lo contrario, con la

¹ Teocentrismo y antropocentrismo son principios explicativos de la realidad. El primero que pone a Dios como centro del universo rigiéndolo todo y el segundo que pone al hombre como medida de todas las cosas lo más alto y como centro de toda la creación. El Concilio Vaticano II reafirmó a Dios como principio y fin de todo lo creado. Un Dios que en Cristo se hizo hombre para salvar a todos los hombres y todo el hombre. Este hombre, imagen de Dios, no contradice la centralidad de Dios, sino que la refleja.



trascendencia de Dios. "La gloria de Dios es el hombre viviente" citaba, de San Ireneo de Lyon, repetidas veces, San Juan Pablo II. Esto supone restaurar la confianza dentro del diálogo entre fe y cultura, dentro de la teología misma. Confianza no ingenua ni olvidadiza de tantas confusiones, pero necesaria para un planteo que tenga la valentía de crecer e ir más allá. El Papa ve la propensión a dividir y contraponer. De ahí que nuestro trabajo por restaurar la confianza nos parezca de gran importancia.

Tal vez hoy hayamos llegado a un punto donde podemos ver más de frente estos conflictos y esta mutua desconfianza. En el camino formativo encontramos elementos que permiten sanar heridas y que sigamos creciendo. Si nos introducimos en el corazón de Dios y en su deseo de salvación, y el corazón del hombre con todas sus posibilidades y urgencias, muchas aparentes antinomias se resuelven. La fe resuelve muchas aparentes antinomias. Me animo a adelantar una conclusión: la caridad pastoral, así como la entiende la *Pastores dabo vobis*² (Juan Pablo II, 1992) es capaz

² La *Pastores dabo vobis* (Juan Pablo II, 1992) pone a la caridad pastoral como principio interior de la vida espiritual, y lo explica como participación en la caridad pastoral de Jesús, esto nos capacita no sólo realizar actividades para los demás, sino a la donación de nosotros mismos. Esta donación, uniéndonos a los sentimientos de Cristo es el motor que nos permite tender puentes, encontrar modos, fieles a la verdad y a la caridad.

de romper muchos muros y tender muchos puentes.

El asunto me recuerda algunas reflexiones de Chesterton (1995), en su libro sobre San Francisco de Asís explicaba que como los antiguos habían idolatrado a la naturaleza, al cristianismo le llevó un tiempo de purificación para reconciliarse con ella. Maduro ese tiempo, San Francisco enseñó a mirarla con ojos limpios. Bien, la modernidad ha idolatrado al hombre, y aunque ya haya corrido mucha agua bajo el puente, necesitamos de personas con ojos limpios que nos enseñen a mirar.

No sé si especulativamente el tema sigue resultando de interés, pero sí entra de lleno cuando planteamos no sólo conceptualmente, sino de modo íntegramente existencial nuestra relación con Cristo (Juan Pablo II, 1980, n° 1). Creo que San Juan Pablo II con su Teología del Cuerpo y todo su Magisterio sigue siendo una veta a explotar en ese sentido. El mismo Catecismo de la Iglesia Católica no deja de presentarnos la belleza de las cosas según salieron de las manos de Dios. Las heridas y desorden reinantes no pueden borrar esta realidad, aunque muchas veces la opaquen.

Si creemos que Cristo manifiesta el hombre al propio hombre y esto lo hace en la misma revelación del Padre y de su amor (*Gaudium et spes*, 1965, n° 22) encontramos ahí una llamada a que



reflexionemos en esta unión orgánica y profunda que permite que conozcamos mejor a Dios y a nosotros mismos.

Pero algo más, que no creo deba estar fuera del contenido. Este "reflejo" del cielo en la tierra se refiere principalmente al amor, a la caridad en la verdad. Lo cual marcará totalmente el estilo formativo.

Respecto al estilo formativo:

Lo que citamos de *Dives in Misericordia*: "*fe, mente abierta y corazón*", es la actitud requerida para el verdadero amante que pide descentrarse de sí para centrarse en el Amado. Un encuentro transformante que reestructure la mentalidad y encauce todas las energías del amor, toda su peregrinación (Benedicto XVI, 2005)³. Esto no es ajeno a lo temático, a la unión de antropocentrismo y teocentrismo, ni al empeño de no paralizarse ante la cizaña de la desconfianza, sino que invita a que prosigamos la tarea de cultivar y esperar, apostando a la buena semilla. Este deseo abre a la esperanza, que se especializa en romper muros.

San Juan Pablo II ha querido desarrollar largamente en su Exhortación sobre la formación

³ Benedicto XVI en *Deus caritas est* habla del amor humano que para llegar a ser él mismo necesita una peregrinación hacia Dios, pasando por el prójimo, esta peregrinación implica purificación y realiza lo que el amor promete.

sacerdotal, *Pastores dabo vobis*, la idea de que la caridad pastoral es el principio unificante de la vida sacerdotal y de su formación. Esto es algo necesariamente aplicable a la vida de todo bautizado, quien tiene como vocación fundamental el amor (Juan Pablo II, 1981, n° 11) Aspiramos a que la *caridad pastoral* sea la que marque el estilo formativo. Ahí encontramos una motivación profunda para descentrarnos: condición para reflejar el cielo y, antes, camino para conformarnos con Cristo. ¡Cuántos dilemas se resuelven cuando el amor está encendido!

Formar personas con ojos limpios y con sus fuerzas orientadas a que cada uno realice ese encuentro con Cristo. Apasionados por la realización de todo hombre y de todo el hombre entendiendo en ello un acto de culto a Dios. Esto pide fe, mente abierta y corazón. De manera que toda la investigación y la vida misma sea una continua escucha, en la que, conservando en el corazón como María, se nos capacita para la respuesta.

Si lanzamos esta revista es porque estamos convencidos de que el Señor está con nosotros y quiere auxiliarnos en la tarea de continuar su obra. Por eso la pondremos sobre el altar en nuestra Eucaristía, para que todo sea en memoria Suya, para que todo sea hacer lo que Él nos diga.

Por fin, no quisiéramos dejar de rendir tributo en ella a tantos que



nos precedieron. Profesores, laicos y sacerdotes, personas de las que aprendimos acompañándolas y tantas que nos sostuvieron. Este reconocimiento se hace especialmente sensible por la cercana partida de dos grandes: Mons. Vicente Ciliberto y Mons. Armando Levoratti. Por eso la Revista quiere ser un acto de gratitud y una humilde continuación de su obra.

San José, sabio en su silencio y María Santísima, cercana en su ternura nos inspiren y sostengan.

Bibliografía

- Benedicto XVI. (2005). Carta encíclica "*Deus caritas est*".
- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución pastoral "*Gaudium et spes*" sobre la Iglesia en el mundo actual.
- Chesterton, G.K. (1995). *San Francisco de Asís*. Buenos Aires, Argentina: Lohlé Lumen.
- Juan Pablo II. (1980). Carta encíclica "*Dives in Misericordia*".
- Juan Pablo II. (1981). Exhortación apostólica "*Familiaris Consortio*".
- Juan Pablo II. (1992). Carta encíclica "*Pastores dabo vobis*".